



## Capítulo 1

*Pretendían cortar mi sueño*

Quise dejarlo todo. Me vine abajo sin poder entender el porqué de aquella situación tan absurda. No entendía que maniobras políticas pudieran sacrificar a un deportista que no era nadie y que iba a seguir sin ser nadie. Me vine abajo y estuve a punto de volverme loco. Pensaba y pensaba; nunca pude llegar a una respuesta correcta. La única verdad es que no iba a poder jugar nunca más al deporte de mis amores.

Ese amargo sentimiento que les relato fue la consecuencia de mi primera final como jugador profesional con el CSKA. Fue en el verano de 1985. Disputábamos la final de la Copa de Bulgaria ante nuestro rival más temible, el PFC Levski Sofía.

Podría decir, para que se entienda mejor, que fue como una final entre el Barcelona y Real Madrid, pero entre equipos de la misma ciudad. Era un clásico con la máxima rivalidad. Un partido que levantaba pasiones y dividía familias, amigos y vecinos.

El CSKA es el equipo del ejército nacional. Era tanta la pasión por su equipo, que todos los militares se sentían representados por el club y pensaban que los triunfos también eran de ellos. Sabían que tenían un club glorioso y que podían mirar por encima del hombro al resto de los equipos del país y a sus aficionados. Sobre todo a los aficionados del PFC Levski Sofía, el equipo de la Policía del Estado, el eterno rival, el equipo ante el cual jugaban la mayoría de los partidos importantes y el único capaz de quitarle un título de Liga o de Copa.

*Ronaldinho pudo haber sido del Barça mucho antes de no haber estado Van Gaal en el banquillo. Conocía a Ronaldinho desde hacía muchos años, pero teníamos un entrenador que no sabía nada de él y no tenía intención de ficharlo.*

**SIN PELOS EN LA LENGUA**

Las rivalidades, las peleas entre los simpatizantes son tan antiguas como los mismos clubes y en muchas ocasiones el gobierno se había visto obligado a tomar parte en discusiones que acababan en auténticas disputas sociales. El CSKA y el PFC Levski Sofía eran mucho más que dos equipos de fútbol.

Todo estaba preparado para la gran final de Copa. El estadio estaba a reventar, no cabía ni un alfiler, se habían vendido las cincuenta mil entradas; y estaba llenó tres horas antes de comenzar el partido.

Los nervios se apoderaron del vestuario, pero yo estaba seguro de la victoria, aunque también sabía que nuestro rival no era nada fácil, era un equipo muy poderoso. El ambiente en el estadio, los gritos y los cantos de la gente nos atravesaban los huesos, eran tan fuertes que apenas podíamos escuchar la charla técnica de nuestro entrenador, Manol Manolov. En el vestuario rival, pasaba lo mismo; incluso el entrenador, Vasil Metodiev, tuvo que gritar para que sus jugadores escucharan sus indicaciones.

En medio de los dos vestuarios se encontraba el del árbitro, Assen Yacharov, en aquel momento el mejor del país. Mientras nosotros ajustábamos los últimos detalles, Yacharov se dedicaba a rellenar el acta con los nombres de los actores que estaríamos en la cancha. Él sería el encargado de manejar la obra. Al final, al cerrarse el telón, algunos de aquellos nombres pasarían a ser malditos.

El partido comenzó con temor de ambas partes. Nadie arriesgaba nada por miedo a que el rival se pusiera en ventaja muy temprano en el partido. Se jugaba de una forma tradicional, una típica final: mucho miedo y muy poco fútbol. Sin embargo, al minuto veinte, un audaz Slavkov se llevó la pelota con las manos sin que el árbitro central se diera cuenta, fue un balón largo... De esa forma el CSKA se puso en ventaja.

El árbitro fue rodeado por los jugadores del PFC Levski, se lo querían comer, pero protestaban con razón, había sido un error garrafal. Desde ese momento se escucharon los primeros insultos. Nos fuimos al vestuario con la ventaja de uno a cero.

Al inicio del segundo tiempo hubo otro incidente. El lateral derecho del PFC Levski, Nikolov, fue expulsado: roja di-

recta por una entrada criminal sobre Sdraskov, un futbolista que terminó su carrera en el Chaves de Portugal. Nikolov le abrió una herida en la rodilla, de la cual salía mucha sangre. El quinesiólogo y el médico se vieron obligados a intervenir rápidamente para detener la hemorragia. Mientras, el árbitro central, Yacharov, tenía mucho trabajo quitándose de encima a los jugadores del PFC Levski. Los tenía, prácticamente, pegados en su rostro, todos protestando la expulsión de Nikolov. Los empujones estaban a la orden del día, los insultos eran más fuertes y de a poco comenzaron las amenazas.

Pronto, al tener ventaja numérica en el campo de juego, llegó el dos a cero. Fue desde un tiro libre que ejecutó Boenov. De ahí en adelante sabíamos que estábamos cada vez más cerca del éxito, pero todavía quedaba tiempo para sufrir.

El PFC Levski trataba de romper nuestra concentración y juego con la violencia, por la vía de las patadas. En una de esas jugadas, el árbitro Assen Yacharov marcó un penal a nuestro favor; la verdad es que fue un penal medio dudoso. Una vez más, los jugadores del PFC Levski se tiraron contra el árbitro como hienas hambrientas. Le dijeron de todo, lo tironeaban de aquí para allá, recibió empujones y se acordaron de la mayoría de los integrantes de su familia. Fue una imagen espeluznante.

Slakov falló aquel penal. Esa fue la inyección de ánimo que buscaban. En seguida descontaron el marcador, pero no sería suficiente. El resultado final fue para nosotros, ganamos dos a uno.

Nuestro fútbol ganó en nerviosismo, pero perdimos en calidad. El del PFC Levski se convirtió únicamente en un juego peligroso y agresivo. En el transcurso del encuentro, Yantchev cometería una infracción leve sobre Emil Spassev que a la larga se convertiría en una batalla campal. Spassev cogió por el cuello a Yantchev. Yo jugaba por el mismo lado y fui uno de los primeros en llegar para proteger y defender a nuestro volante. Empujé a Spassev y a la vez recibí muchos empujones. Luego, fue todos contra todos. Al final, el árbitro sólo expulsó

*Giovanni Dos Santos es la gran promesa del fútbol mexicano y del Barcelona, comenzó su carrera muy joven en el club y a su corta edad ya es una figura mundial, tiene mucho fútbol y muchos años por delante, sólo depende de él para ser un verdadero crack.*

a Yantchev y a Spassev. El resto de los implicados en la trifulca terminamos el partido.

Inmediatamente después del pitazo final, el arbitro Assen Yacharov fue rodeado por los jugadores del PFC Lesvki como por una manada de lobos hambrientos. Entre ellos estaban Borislav Mihailov, ex arquero de la selección de Bulgaria; Nasko Sirakov, que representó a la selección y pasó por el Zaragoza y el Español de Barcelona; otro de los que luego jugaron en el Zaragoza fue Iskrenov. A este último lo golpearon, lo insultaron, incluso lo amenazaron... mientras nosotros festejábamos el éxito obtenido junto a nuestro capitán, Georghi Dimitrov.

Aquel fue mi primer título, con sólo diecinueve años y en mi primer año en el equipo del ejército. A la mañana siguiente celebré junto a mis amigos. Habíamos quedado que nos encontraríamos en un bar para tomar café y hablar de la final. El último de los compañeros que llegó me trajo muy malas noticias. Había escuchado en la tele que ocho jugadores habían sido suspendidos por los incidentes de la final. Entre los mencionados estaba yo. No me pudo dar más detalles. O tal vez no se atrevió a decirme la verdad.

El gobierno de Todor Giukov había decidido tomar cartas en el asunto y ejemplarizar al país con sanciones duras. Según el portavoz del gobierno, “lo que había ocurrido atentaba contra la ética comunista”. Eso no se podía permitir.

Los jugadores del Lesvki, Mihailov, Spassev, Nikolov, y yo, fuimos suspendidos de por vida. Jamás podríamos volver a jugar al fútbol. A otros cuatro, entre los que estaba Sirakov, les dieron un año de sanción. Además, los equipos fueron obligados a cambiar sus nombres.

El CSKA pasó a llamarse Sredets, en honor a la antigua capital de Bulgaria. El Levski por su parte se llamó Vitosha, que era el nombre de la montaña donde se encontraban las instalaciones del club. Esas nuevas denominaciones sólo tenían valor a efectos directivos y burocráticos, porque los aficionados de ambos equipos no quisieron cambiar los nombres de tan históricos clubes.

De hecho, fueron medidas antipopulares que provocaron semanas de intranquilidad en Sofía. De un plumazo, trataron de borrar el pasado, las vidas de muchos aficionados al fútbol y

ni siquiera la intervención del presidente del CSKA, el general Dobri Yurov, consiguió la rectificación del gobierno.

Me quedé como muerto. Me habían cortado las alas, el sueño de poder triunfar como futbolista. No podía entender por qué yo había sido el único castigado del CSKA si en los incidentes habíamos participado todos. ¿Sería porque era el más joven y meterse con los ilustres veteranos hubiese sido demasiado duro? No sé, pero estuvieron cerca de destruirme deportivamente. Tenía sólo diecinueve años, estaba solo en Sofía y con la ilusión partida por decreto.

La gente en la calle y mis amigos intentaron animarme. Mi padre me comentó que esas sanciones eran prácticas habituales y que poco tiempo después llegaban las amnistías. Me explicó cómo dos mitos del fútbol búlgaro, Guenadi Asparujov y Stoichkov Mladenov, estuvieron un año sin jugar, castigados por el gobierno.

Pero yo esperaba y esperaba y mi amnistía no llegaba. Pasaban los días, por momentos perdía la ilusión; otros días la recuperaba. Nadie sabía nada de mi perdón.

Aprovechando la sanción, decidí hacer el servicio militar. En Bulgaria hay que cumplir dos años de servicio, pero yo sólo llegué a cumplir seis meses. Estuve cerca de casa, en el cuartel de Zagora. Mi destino dentro del cuartel fue la cocina, ayudante de cocinero. Pelé muchas papas hasta que a los dos meses me tocó jurar bandera.

En Bulgaria es habitual organizar ligas de fútbol entre cuarteles y pude jugar en dos. En la primera nos quedamos con el título y en la otra tuvimos que conformarnos con el segundo puesto, detrás del cuartel de Trnovo, donde jugaban Kressimir Balakov, Ilian Kiriakov y Trufon Ivanov. Los tres serían mis compañeros en el Mundial de los Estados Unidos. Al margen del fútbol, la mayor parte del tiempo lo pasábamos jugando a las cartas.

A los seis meses, me trasladé al cuartel de CSKA en Sofía. Un lugar destinado para los deportistas de elite que cumplían con el servicio militar. Dentro de las instalaciones nadie se vestía con ropa militar, cada uno entrenaba su especialidad con esmero.

*Michael Ballack: de momento, muy poca cosa.*

En mi caso, era cuerpo y alma a toda velocidad en la pista de atletismo. Algunos de mis profesores en aquella época me decían que podía llegar a ser una gran estrella en esta rama deportiva. No era éste el único deporte que me gustaba. La mayor parte del día jugaba al fútbol en la calle, pero siempre atento a otros deportes. Una vez, después del entrenamiento de la tarde, mis amigos y yo dejamos la pista de atletismo para irnos al gimnasio donde entrenaban los boxeadores, nos encantaba cómo se daban golpes.

Como era muy activo y valiente quise probar. Me puse los guantes y me subí al *ring*, quería probar otro deporte que no conocía. Al final, me di cuenta que es uno de los más técnicos que existen. Ante mí, tenía a un chico mucho más grande y que además era practicante habitual.

No hubo mucho color. En cuanto solté mi primer golpe, el joven boxeador me había metido dos puñetazos en la cara y me mandó a la lona. Me levante, miré al costado y vi cómo mis amigos se reían a carcajadas. En eso momento me di cuenta que el boxeo no era para mí. Jamás les conté a mis padres lo sucedido, no por miedo que me retaran, sino porque sentía vergüenza de haber perdido. Odio perder y todavía más cuando lo tengo que explicar.

¿Cómo y cuándo llegó la amnistía? Muchos de mis compañeros de la selección me ayudaron a salir de hueco. Las esposas de ellos eran íntimas amigas de fuentes importantes en el gobierno, en especial del presidente del país.

El que más fuerza e influencia tenía era el arquero y capitán de la selección, Borislav Mihailov, ya que su padre también tenía amistades de rangos importantes. Se puede decir que todo esto fue por intereses políticos.

Mi problema se arregló en abril. Me llamaron a declarar a las 9 de la mañana, me tiraron dardos como nunca, sólo podía escuchar las críticas y amenazas, hasta que me tocó abrir la boca. Prometí que jamás volvería a pasar algo similar y en sólo media hora, a las 9:30, salía a toda velocidad para unirme a mis compañeros y volver a disputar un partido de fútbol. Jugué 15 minutos, estaba y me sentía tan gordo como Maradona. Trabajé mucho para volver a estar en forma y recuperar mi condición física.